

PASEOS INCÓMODOS

Anita Mendoza



Image not found.

Capítulo 1

PASEOS INCÓMODOS

ANA MENDOZA

“No hay lugar más lejano que a donde te lleva el sexo”.

Rafael Fernández.

PARTE 1 Los Monstruos en mi Cabeza

24 de marzo de 2014

Hoy he decidido comenzar a escribir todos los días, aunque sea pura pendejada. Siempre tengo la cabeza llena de ideas y pensamientos que me atormentan. No me atrevo a sacarlos ni a contarlos a nadie.

Llevo casi un mes buscando empleo, desde que mi novio Tres y yo tuvimos que archivar un proyecto turístico que pretendíamos lanzar si conseguíamos algunos apoyos financieros, se trataba de una revista turística sobre Campeche, el culo de México en el que vivo.

Tres y yo llevamos casi cuatro años viviendo juntos. Este domingo (ayer) tuvimos una discusión como las que tenemos casi a diario desde hace más de un año. Sólo que esta vez ninguno de los dos cedió. Fue sobre algo estúpido y yo terminé diciéndole que no lo dejaba sólo porque estaba agarrada de los huevos: tengo miedo de afrontar la vida yo sola.

Todos los días me dan ganas de tirarme del balcón, de abrirme la garganta, de cortarme las venas desde la muñeca hasta el codo, de hacer *seppuku*, de clavarme una daga en el corazón, de sacarme las entrañas: verlas, cortarme el cuello, ver un charco de sangre bajo mi cuerpo. Vivir ese momento surreal. Y no es que sienta ganas reales de morir todos los días, pero es una obsesión en mi cabeza, me excita pensarlo. Mariposas en el estómago, cosquillitas ahí abajo cuando lo imagino demasiado. A veces voy al balcón, que no es muy alto (vivo en el cuarto piso de un edificio), y me paro de puntitas sobre la base del barandal, me agarro fuerte del pasamanos, me doblo sobre él y veo toda la calle de cabeza, la gente pasar. Imagino la vista como si cayera. Jamás me tiraría del balcón, al menos no de este, no es tan alto y lo más probable es que ni siquiera moriría. Quedaría paralizada o algo por el estilo y eso sí que sería algo de lo que querría escapar. Pero la verdad es que no sé si cometería suicidio. Es la idea lo que acaricio, la belleza de decidir sobre algo tan básico y tan complejo a la vez: la existencia de uno mismo. Ese último recurso que

todos poseemos.

Recuerdo la primera vez que entendí lo que significaba el suicidio: estaba en clase de religión, iba en segundo de primaria: tenía siete años. Una monja nos dictaba una letanía sobre los pecados: los mortales, los capitales, lo banales y sus demás clasificaciones. El asesinato era un pecado mortal. Incluido el suicidio, porque en él cometías un asesinato contra ti mismo. ¡Pero eso no tenía nada de sentido para mí! Cada quien es dueño de su vida, por qué alguien habría de juzgarme por disponer de lo único que es mío por derecho natural.

25 de marzo de 2014

Estoy desanimada, las cosas entre Tres y yo andan mal. Con los problemas de pareja y nuestras luchas internas, la convivencia se ha vuelto cada vez más complicada. Después de nuestra última pelea el domingo pasado, en la que dijimos cosas irreparables sobre cómo nos sentíamos, las cosas no han vuelto a ser las mismas. Llevamos dos días conviviendo en paz, hablándonos poco. Comemos juntos, nos pedimos las cosas educadamente, vemos una película al final del día y vamos a dormir, cada quien en un extremo de la cama, sin besos de buenas noches ni abrazos. Hasta hoy. Mi día ha comenzado así:

Son las siete treinta de la mañana, estoy despierta pero aún no abro los ojos. He estado pensando toda la noche en las muestras de jugos que tengo que hacer. Ayer por la tarde, en el Café de mi amiga Cielo, tuve una idea: sacarle provecho al extractor de prensa fría que tengo y hacer jugos para vendérselos a una chica que acaba de abrir una tienda orgánica: fácil. El único problema es que con trabajo y tengo dinero propio para comprar verduras, mi cuenta debe tener unos quinientos pesos, no más.

¡Buenos días, neni! Tengo una idea, ¿recuerdas a la chica que abrió una tienda orgánica? Pues está buscando a alguien que le surta jugos extraídos en frío y pensé en llevarle unas muestras hoy.

¿Y con qué dinero piensas hacer los jugos, Cristina? – me dice Tres molesto porque lo he despertado – No vas a desperdiciar nada de la comida que YO compré.

¡Bum! Toma tus buenos días...Y no es que yo esperara algo distinto, en realidad no sé qué pensaba compartiendo esta estúpida idea con él.

Mis buenos días derivaron en una discusión llena de llantos – míos – y de drama – también mío-. Porque yo, aunque no lo acepte, amo el drama. Esta en mi psiquis, mi madre me lo enseñó desde pequeña: llorar, llorar y llorar.

- Ya no puedo hacer equipo contigo, Cristina, me has desgastado, no puedo apoyarte más. Hace un mes que se supone que estás buscando trabajo y nada. Esta idea de los jugos me hace pensar que no tienes los pies puestos sobre la tierra, no has aterrizado en TU realidad. Ya te dije: aquí tienes techo y comida hasta que decidas envalentonarte y agarrar tu propio camino. Tomar las riendas de tu vida.

Yo lo escucho entre lágrimas y sollozos, sé que él tiene razón, es verdad ¿por qué sigo aquí? ¿amo a este hombre? ¿me iría si tuviera alguna seguridad? Interpreté como un lugar donde vivir y una cuenta en el banco que pudiera mantenerme al menos un par de meses. Ya estuve en esta situación y no lo hice: hace exactamente un año Tres y yo tuvimos una pelea que derramo el vaso en el que se venían acumulando nuestros desacuerdos y decidí irme de su lado. Tenía un trabajo como relacionista pública en el que pagaban bastante bien y una cuenta en el banco que rozaba los doscientos mil pesos. Durante tres semanas me refugié en el departamento de Cielo: llorando y arrepentida de haberme ido, rogándole a Tres que me dejara regresar a su lado. Al cabo de ese tiempo estaba de vuelta con Tres, ilusionada con nuestros nuevos acuerdos. “Esta vez voy a dar todo de mí, me voy a componer y seremos felices”, le dije a él y a mí misma. Un mes después yo deje mi trabajo y con mis ahorros decidimos ir a Israel para asistir a la boda de unos amigos. Lo disfrutamos: reímos, convivimos con amigos, fumamos mota de diez, hicimos el amor en posición de misionero invertido todos los días antes de salir de la cama, paseamos en bicicleta, fuimos a la playa, nos quedamos en el mejor hotel y comimos la mejor comida. Un mes después estábamos de vuelta en Campeche. Mi cuenta: vacía. Yo: feliz, el viaje había valido hasta el último centavo. Nos había unido. Yo me sentía libre, había renunciado a mi trabajo, ya no tenía que estar ocho horas encerrada con el aire acondicionado a todo lo que daba, congelándome, en una oficina llena de putas envidiosas y mal cogidas. Asalariadas infelices. Ya no tenía que chuparle las bolas a ningún cliente sólo por que tuvieran lotes de millones de pesos y porque tal vez pudieran comprar otro, que tal vez yo les pudiera vender para cobrar una jugosa comisión.

El dinero valía madres, ahora era feliz, tenía a Tres y la emoción de un nuevo proyecto. Comencé a trabajar desde casa. Pero me olvidé de los acuerdos que hice con Tres, y sobre todo, de los que hice conmigo misma. Como lo he hecho siempre: escudo mis problemas debajo de la alfombra, no los veo, cuando uno se asoma: lloro, juro componerlo, trabajar en ello... pero al final de cuentas nunca lo hago, me da miedo. La vida me da miedo.

Los días pasaron, las semanas, los meses... un año. Y ahora estoy de vuelta en el mismo lugar, un año más vieja, preocupada por la fina arruga que comienza a salir entre mis cejas (apenas perceptible, sólo yo la veo). El vaso de problemas con Tres se ha vuelto a llenar y esta vez estoy sin

nada: sin dinero, sin amor y hoy sin ánimos.

Comienzo a pensar también que lo de los jugos es una estupidez. ¿Qué debo hacer? Lo sé bien, buscar un trabajo normal, tomar el control de mi vida. ¿Por qué no lo hago? Porque tengo miedo. ¿Miedo de qué? No sé, de mí, de la vida, de no poder. Toda mi vida me preocupé por verme bien, por ser bonita. Terminé la universidad por mi linda cara, por nada más. Hoy que me tengo que enfrentar al mundo real, no tengo nada, me siento una inútil, nunca me cultive en nada más... Todo los días me veo en el espejo, cómo he cambiado. Me doy cuenta de que mi belleza se esfumará, la vi alcanzar su punto más alto, ahora no hay otro lugar hacia dónde ir más que abajo. ¿Y qué me queda? ¿Qué hago? Si no sé hacer nada, si no tengo ganas de nada. Quiero dormir, soñar y no despertar más.

26 de marzo de 2014

Los jugos... los jugos resultaron ser una pendejada. Sí, fue una idea que sonó bien, en teoría. Después de las palabras de desanimo que me dio Tres, yo misma recargue mis energías y me dije: "¿Por qué no? No tengo nada que perder". Durante el resto del día las cosas entre Tres y yo se fueron suavizando un poco, y a la hora de la comida, él llegó del trabajo con buenas noticias: al parecer nuestro proyecto turístico sí recibiría el apoyo financiero. ¡Lanzar la revista, hacer que funcione! Por un momento pensé en decirle que no: "¡No quiero volver a trabajar contigo, Tres. Ese es tu proyecto, no el mío!" Pero deseché el pensamiento, creo que también es mi proyecto. Nuestros ánimos mejoraron y después de casi tres días de convivir como compañeros de departamento civilizados (sin hablarnos mucho y pidiéndonos las cosas por favor), al fin tuvimos una convivencia amena mientras comíamos. Así que horas más tarde decidí comenzar con los jugos:

-No necesito pedirle dinero a Tres, seguro en mi cuenta debo de tener (hace meses que no la reviso) – pensé- Ya me voy, ¿se te ofrece algo de la calle? - Le pregunto a Tres porque una vez que regresa del trabajo, jamás vuelve a dejar el departamento. Ni para comprar los cigarros que tanto fuma.

- No, gracias, ¿a dónde vas?- Al súper, a comprar las cosas que me hacen falta para los jugos.

- Si necesitas dinero, aquí hay.-Gracias, pero creo que tengo en mi tarjeta, lo agarraré de ahí.- Sabes que yo te apoyo en lo que sea, Cris.- Lo sé, gracias.

Estaba por dejar el departamento, cuando le he escuchado decir: "Te amo". Sus palabras me hacen sonreír antes de cruzar por el umbral de la puerta principal. Sí, estamos mal, él tiene sus asuntos que arreglar y yo

los míos, pero el sentimiento que nos une aún existe.

Con las pilas recargadas salgo del edificio en donde vivo y me dirijo hacia el cajero de la esquina: no hay fila, muy bien. Entro: meto la tarjeta. Consultar saldo...saldo disponible: ochenta y cinco pesos. ¡¿QUÉ?! ¿En qué momento gasté todo lo que tenía? No tengo ni siquiera dinero para alimentarme a mi misma.

Con la cabeza baja decido regresar al apartamento. Abro la puerta, entro al estudio en donde Tres está sentado frente a la computadora jugando ajedrez en línea:

Solo tengo ochenta y cinco pesos en mi tarjeta – Le digo con un poco de vergüenza.

Aquí hay dinero, agarra lo que necesites – Me dice Tres entregándome un sobre amarillo con efectivo sin voltearse para mirarme.

De vuelta en el departamento, comienzo a hacer los jugos, son tres: uno verde, uno de naranja con zanahoria, y otro purificador de sangre con remolacha.

Los jugos están listos, muy bien. Es hora de sacar cuentas ¿en cuanto los voy a vender? Tomo el ticket del súper, comienzo a sumar... ¡No me da! Son demasiado costosos y aún me falta el envase. Necesito hacer al menos diez jugos diarios para ganar cien pesos al día. Necesito vender diez jugos diarios durante treinta días seguidos para ganar tres mil pesos al mes. Y eso es si los quisieran comprar a un precio bárbaro. Limpiar casas es más lucrativo. Mejor limpio casas, idea descartada.

Debí de haber hecho números antes de andar pensando en estupideces.

- *Es verdad* – le digo a Tres estirando la mano para darle un vaso de jugo color naranja intenso – *lo de los jugos es una mamada. Al menos sólo me gasté cien pesos en verduras y lo bueno es que las podemos comer.*

Tres aparta el rostro del tablero virtual de ajedrez para mirarme con cara de: “te lo dije”, pero no me dice nada. Esa noche salimos a caminar por el centro, como pocas veces, y comemos un esquite. Disfrutamos del paseo sin hablar, ya no estamos molestos el uno con el otro.

30 de marzo de 2014

Es de madrugada, no consigo dormir. Hace un par de horas Tres ha rechazado mis insinuaciones sexuales. Estoy súper caliente, se me antoja salir a la calle y escoger a cualquiera para satisfacer las ganas de coger que traigo dentro. Eso sí, tendría que tener un pene grande. Cómo averiguarlo fácilmente sin caer en el error, por qué la obligación moral de

tener que conocer a un hombre tanto tiempo, incluso un par de horas, sólo para averiguar que tiene un pene pequeño, imposibilitado para satisfacerme apropiadamente. Debería de ser todo más práctico. El tamaño del pene de los hombres debería de estar incluido en sus identificaciones: largo, diámetro, curvatura...

Esta semana he asistido a una entrevista de trabajo. Apliqué para la posición de gerente de relaciones públicas en un hotel de gran turismo. La entrevista me la ha hecho el director del lugar: un viejo dominicano con abundante cabellera gris. Ha de tener unos setenta y cinco años y durante todo el rato que estuvimos en su oficina jamás paró de fumar cigarros.

Parece que me ha ido bien, tengo altas posibilidades de un tener un trabajo con buena paga mensual. Eso me genera sentimientos encontrados: por un lado es bastante emocionante, y por otra parte siento miedo e inseguridad. Sé que lo puedo hacer, pero temo. Mañana tengo que terminar la propuesta de trabajo que debo entregar el lunes. Lo único que quiero ahora es a alguien que me tome con pasión, alguien que me coja tan bien que me haga llorar. Quiero olvidarlo todo por un rato, concentrarme en el deseo de la carne, perderme en éxtasis.

1 de abril de 2014

Se supone que debería de estar trabajando en corregir los textos de la revista turística, pero me he pasado toda la mañana perdiendo el tiempo en internet, mirando la vida de otras personas en Facebook. Las ansias del nuevo trabajo hacen que no me pueda concentrar. Siento estrés sólo de pensar en lo todo lo que tendré que hacer, el trabajo que se avecina. La correteada, tener que concentrarme, sonreírle a todos, poner mi carita de pendeja... No es en realidad a lo que yo me quiero dedicar. Yo quiero poder salir a la calle e insultar a todos los hombres que me miran lascivamente. Yo quiero andar por la vida con mala cara si se me da la gana, no tener que sonreír a menos que así lo sienta; y este tipo de trabajo es todo acerca de eso: sonríele a todos, chúpasela a todos, trata bien a todos sólo porque tienen dinero o poder, o amigos, o son gente bonita. Es la clase de trabajo que hace una prostituta: se la mamasa a todos a cambio de algo: dinero. Pero al mismo tiempo me emociona, me hace sentir que puedo comerme al mundo si yo quiero, que conseguiré engañarlos a todos con mi cara bonita para obtener lo que quiero: dinero para comprar mi libertad.

Pero...¿qué me impide mandarlo todo al carajo en este momento? ¿Dinero? Es cierto que no tengo ni un peso partido por la mitad, pero al menos no le debo a nadie. Si en realidad quisiera irme de aquí lo podría hacer hoy mismo. Pero... quiero tantas cosas y tengo tanto miedo.

Por otra parte también pienso: este trabajo es un algo nuevo, podría explorar nuevos horizontes, conocer gente nueva, viajar, relacionarme.

¿Podré hacerlo sin perderme en el camino? ¿Qué clase de vida quiero?
¿Será mío el trabajo? Nadie me ha llamado y comienzo a desesperarme.

...

Con las buenas noticias de la semana pasada, las cosas entre Tres y yo parecían ir mejor, estábamos contentos y animados. Tanto que el sábado salimos a cenar con amigos (cosa que jamás hacemos). Todo fue felicidad y amor hasta que el siguiente domingo llegó. Otra nimiedad nos hizo pelear y estallar: llantos, dramas, "te odio", desesperación, "vete", "no te quiero en mi vida"...

Nos perdimos y nos reconciamos una vez más. Estoy agotada, estamos agotados. ¿Cuánto tiempo más para que volvamos a estallar? ¿El siguiente domingo? Tengo la esperanza de que las cosas se pongan en su lugar, que él peleé sus luchas y yo las mías, que cada uno se arregle y que estemos bien. Pero por otro lado, tengo un fuego por dentro que no consigo apagar. Creo que estoy en mis días fértiles porque lo único en lo que pienso en todo el día es en que alguien me coja. Fantaseo con él, con su abundante cabello rojo, quiero que me coja tan bien que me haga llorar, que me haga lo que quiera pero me llene de placer. Fantasía, todo el día.

Intenté hacer el amor con Tres: misión fallida. No sé como logré aguantarme las ganas de salir a la calle y buscar a alguien, a quien sea para rascarme.

...

Nunca me acuerdo de escribir, siempre tengo la cabeza llena de estas grandes historias, fantasías... pero nunca recuerdo anotarlas. Siempre que me siento a escribir es por casualidad y la genialidad en mi cabeza ya se fue, se esfumó, solo quedan recuerdos vagos, ideas incompletas, rastros confusos.

Me siento como en una segunda adolescencia, tanto drama. Añoro estar diez años atrás y no tener que preocuparme de nada, ser joven, saltando a la belleza en todo su esplendor. Enamorada. Ahora todo es tan confuso como entonces sólo que más complicado, el mundo real es una mierda. Quiero los sueños de la adolescencia, las nubes de algodón, los arcoíris, corazones, unicornios y las cartitas de amor.

09 de abril de 2014

Todo lo que soy es una copia, de una copia, de una copia de algo que alguna vez vi en televisión, en el cine, en un libro... Algún recuerdo. A veces me sorprendo diciendo frases sacadas de películas como si fueran reales, como si de verdad fueran una invención mía. El mundo es mucho

más surreal de lo que imaginamos, ¿para qué nos molestamos tanto? Sólo somos un holograma que se repite y se repite y se repite...

14 de abril de 2014

He llegado al hotel, mi nuevo lugar de trabajo. Me quedaré toda la semana a dormir para, en palabras de mi jefe, "vivir la experiencia". No sé cómo comportarme. ¿Cómo se supone que juegue a la turista cuando estoy por comenzar a trabajar en este hotel? Estoy sentada en la terraza del restaurante, en el jardín de frente a la piscina. Es un día soleado y hay niños nadando y jugando. Yo intento concentrarme, trabajar. Aunque nadie me ha dicho qué es lo que debo hacer. Todo lo que tengo son ganas de dormir, incluso después de mi segunda taza de café. Anoto en una libreta los pendientes que yo sola me he inventado para este nuevo trabajo. Ideas, trato de ponerlas en orden... El ruido de la gente en la alberca me distrae: están en el sol, con sus trajes de baño, disfrutando del calor en el agua. Yo que uso zapatos cerrados quisiera quitármelos y andar descalza. Acaba de pasar un mesero con un par de mojitos...¡Aaah! Mojitos. Yo también quiero uno.

Una chica gordita con la que tomé el curso inductivo está cubriendo su turno como gerente del restaurante. Viste el uniforme y lleva una placa con su nombre, se acerca hacia mí:

- *Hola, ¿cómo estás? ¿ya empezaste?* - Me saluda con entusiasmo.
- *Pues, más o menos. El jefe me ha pedido que venga desde hoy para conocer pero comienzo oficialmente el lunes.*
- *Ah, entonces estás paseando* – Su rostro se transforma, la envidia le sube por el estómago y se le desborda con furia por los ojos. Está pensando algo como: "mira a esta putita, ella aquí paseando como si fuera un huésped, desayunando a las doce del día cual reina, y yo, yo aquí trabajando como un burro desde temprano, ya veremos qué tal le va".

Yo le respondo con una sonrisa.

19 de abril de 2014

Nueva oficina, vista al mar.

Trabajar de nuevo es una mierda, mi organismo se ha desajustado, todo el día me estoy cagando y jamás encuentro el momento oportuno para ir al baño. Lo odio. Como pura mierda, anoche he cenado pizza y hoy desayuné enchiladas suizas con pollo, queso y crema; me caen del carajo, mis nuevos compañeros han de pensar que soy la mañosa más grande del planeta. Me llevan el plato, miro las enchiladas llenas de queso, de crema, de aceite, tortillas fritas rellenas con pollo, bañadas en salsa verde

caliente, y lo único que puedo pensar es en los radicales libres que esto ha de tener. Les quito el queso y la crema de encima, abro las tortillas, les saco el pollo. Sólo me como las tortillas fritas, remojadas en salsa. Eso y una taza de té verde.

Tengo hambre todo el tiempo, como pero no me siento nutrida. Hoy es sábado, quisiera irme temprano a casa y descansar, despertarme tarde. Mañana domingo también tendré que venir a trabajar. Aunque estoy emocionada, las ansias comienzan a apoderarse de mí. Noto como cambio, como finjo: mi voz es diferente, la manera en la que trato a la gente es diferente, me muevo diferente. Les sonrío a todos. Ellos no saben que en realidad, en el fondo, los odio. Todos son tan falsos, todos dicen estar enamorados del hotel, parecen contentos, todos saludan a todos, todos quieren a todos, todos aman al jefe y a todos les encanta su trabajo.

En estos últimos cinco días me he pelado los dedos de las manos de una manera desagradable: me arranco los pellejos que tengo junto a las uñas hasta hacerme sangrar. Me duele pero no lo puedo evitar.

De camino al trabajo, mientras manejo, me acuerdo de Red. Todo el tiempo pienso en él. Quiero jalar su cabello rojo, regalarme a él. Ha pasado tanto tiempo, no sé ni por qué lo recuerdo. Las ansias me invaden y no sé como controlarme, concentrarme. Me dan ganas de cortarme. Me lo imagino y por un instante me siento mejor. Pequeñas cortaditas en los brazos me ayudarían a liberar un poco de ansiedad: no puedo, demasiado expuestos. El vientre: lo vería Tres. Las piernas: las vería Tres. Mis dedos despellejados son desagradables pero socialmente aceptables. Tengo ganas de subirme a la azotea del hotel y mirar al vacío.

¿Cómo me concentro? Siempre que manejo de regreso a casa se me ocurren historias. Ahora, en el trabajo, me siento enfrente de mi laptop y no sé que hacer. No sé por donde empezar, no tengo ganas de nada. Se me antoja hacer nada, de repente me apetece más ganarme la vida acomodando ropa en cualquier tienda departamental que estando aquí, en una oficina de gerente con vista al mar. ¿Estoy mal? ¿Por qué me sucede esto? ¿Estoy intentando sabotearme a mi misma?

Fantasía adolescente:

La primera vez que vi a Red tenía trece años, casi catorce. Yo estudiaba en un colegio de monjas. Él vivía a la vuelta de mi colegio pero iba en otro que era sólo para varones. Lo vi pasar a la hora de la salida, con su cabello rojo y su uniforme de camisa azul cielo. Con el cabello engomado y apuntando hacia las nubes. Lo seguí con la mirada: no podía dejar de mirar ese peculiar peinado rojo. Él caminaba al otro lado de la calle con un grupo de niños, hacían bulla, se quitó la camisa azul cielo y la ondeo por el aire al tiempo que arrastraba su mochila. Nos conocimos meses más

tarde, un verano. Red era amigo del primo de mis vecinas y mejores amigas: Angelina y Lorin. Rentamos una película de terror y la vimos en el despacho del papá de mis amigas. Como no habían lugares suficientes para todos, Red y yo compartimos una silla grande de piel café con estoperoles, apenas cabíamos en ella. Estábamos casi uno encima del otro. Yo vestía unos pantalones de mezclilla a la cadera y un top azul que mostraba el ombligo. Lo que menos hicimos esa tarde fue ver la película, nos la pasamos discutiendo por lo incómodos que estábamos pero aún así ninguno de los dos se movió a otro lugar. Tener a Red tan cerca de mí hizo que esa misma noche llegara a mi casa y me masturbara por primera vez: le puse seguro a la puerta de mi cuarto y me quité la ropa. Me metí desnuda a la cama, sentí mis sábanas rosas acariciándome la piel, me toque los pezones, puse una almohada entre mis piernas y me froté contra ella pensando que él también hacía lo mismo desde su habitación.

Un par de semanas más tarde, cuando cumplí catorce años, me hice novia de otro chico. No recuerdo ni su nombre ni el porqué, ni su cara, ni porque me gustaba. Él me besó por primera vez, metió su asquerosa lengua al fondo de mi boca y la movió toscamente como buscando algo. Días más tarde el chico de mi primer beso se fue de viaje por el verano, yo le pedí a Angelina que le mandara un correo electrónico diciéndole que lo nuestro había terminado. Nunca más le volví a ver.

No recuerdo cómo me hice novia de Red. Lo que sí recuerdo son sus deliciosos besos. Nos besábamos en el parque, en casa de mis amigas... Enredábamos nuestras lenguas mojadas y esta vez yo sí que lo disfrutaba. En clases, sólo podía pensar en sus besos, sentía mariposas en el estómago. Algo me picaba entre las piernas y me provocaba cruzarlas con fuerza durante todo el día. Nos besábamos por horas y horas hasta que nuestros labios quedaban hinchados. Pero nuestro romance duró poco, terminó cuando besé a un chico más grande que yo.

Después de mi precoz infidelidad, pasaron años para que Red y yo nos habláramos de nuevo.

Con diecisiete años comencé a acosar a Red, si había una fiesta en la que él iba a estar, ahí estaba yo también. Lo miraba a lo lejos entre las luces de neón, veía como se divertía con chicas más grandes que él, chicas con las que yo no podía competir. No me atrevía a hablarle, así que lo seguía con la mirada y cada vez que se movía de lugar, yo iba detrás de él para topármelo. Pasaba junto a él y rozaba su mano dejándolo desconcertado. Hasta que un día, después de un par de meses, me atreví a hablarle. Era una fiesta de Halloween, mis mejores amigas y yo nos disfrazamos de brujas. Nuestros disfraces consistían en sombreros puntiagudos y vestidos negros obscenamente cortos, el mío en especial. No sé si fue el vestido, los meses de seguirlo o el respaldo de mis amigas disfrazadas igual que yo, lo que me hizo acercarme a él y por fin hablarle. Esa noche le pedí que

me llevara a casa.

....

Quiero ser un espíritu libre ¿tengo que someterme un rato para alcanzar esa autonomía? De nuevo a mamar bolas...Malditos hombres, me voy a comer al mundo, los voy a devorar. Este tiene que ser mi año, tengo que lograr muchas cosas. En menos de tres años tendré treinta y eso me asusta mucho. Unos cuantos sacrificios para alcanzar lo que quiero... pero ¿qué es lo que realmente quiero?

...

No sé por qué no me puedo concentrar, llevo tres horas posponiendo mis deberes. Miro la lista de los pendientes que he escrito en mi cuaderno y me parece que ya me dará tiempo de hacerlos después. Me pongo a ver fotos en Facebook, a buscar vestidos en línea para la boda de Angelina, intercambio mensajes por whatsapp... Qué bueno que no tengo el número de Red porque seguro iniciaría una seguidilla de mensajes que eventualmente me volverían loca. Entonces, como no le puedo mandar mensajes a Red, se los mandó a alguien más, sólo para coquetear. Realmente lo hago cuando me siento sola y tengo ganas de platicar, ganas de que alguien me deseé. ¿Por qué busco a hombres para que me aprueben o me hagan sentir bien? No lo sé. A veces me parece que soy una mala persona. Amo a Tres, estoy segura de ello. Jamás tendría una relación con otra persona que no fuera él, son tan complicadas. Pero no puedo evitar querer sentirme deseada por otros hombres. Tres es bastante racional, un tanto estoico. El extremo opuesto a mi eterno ánimo melancólico y romántico. Así que cuando tengo ganas de entretenerme un rato hablando de tonterías, busco a alguien que esté a la mano. Nunca cruzo la línea, mis coqueteos se limitan a mensajes amistosos por whatsapp que eventualmente crean una tensión sexual que ninguno de mis interlocutores se atreve a mencionar. Rechazo citas decentes educadamente.

Hay algo en el ambiente laboral que me provoca estrés sin saber bien por qué.

Me han asignado un apartamento dentro del hotel para que lo ocupe cuando me haga falta. Lo comparto con una arquitecta que trabaja en los edificios que están construyendo. Esta noche dormiré aquí y me siento triste, des-ubicada y somnolienta. Tengo que escribir la editorial para la revista en la que he estado trabajando el último año. Le he dedicado bastante tiempo a este proyecto, sin embargo no tengo nada que decir en la carta del editor. Miro el cursor que parpadea en la hoja de texto en mi computadora portátil y me invade la pereza. Sólo quiero tener un orgasmo

y dormir.

Me siento extraña en esta cama, envuelta en estas sábanas de hotel. Quiero mi cuarto, mi cama, mis sábanas sucias, mi hombre. Sentir los pies calientes de Tres mientras duermo, su olor, su temperatura que me arrulla. Antes de estar con Tres dormí toda mi vida sola. Ahora es extraño dormir sin compañía y no sentir calor humano a mi lado.

Debería de concentrarme más, no sé qué me pasa. Comienza el sabotaje. C. contra C. Mi peor enemigo siempre soy yo. Los monstruos en mi cabeza me acechan, me atormentan, me persiguen. Me dicen: no puedes, eres tonta, no das una, no tiras un golpe. Quédate mirando a la nada, no sabes hacer nada, eres nada... tan pequeña, tan triste, tan insignificante.

Últimamente tengo un pensamiento recurrente: saltar de un edificio altísimo, entregarme al vacío. Sé que suena trillado y cursi, pero envidio a los pájaros. Paso la mitad del día y la tarde mirándolos por la ventana del balcón privado de mi oficina. Los admiro al volar, tan alto, con el inmenso cielo azul y las nubes que parecen de caricatura como escenario, pasando el tiempo, disfrutando de las corrientes de aire. Vuelan sobre el quieto mar, en busca de peces, luego se tiran en picada, se sumergen en el agua. Quisiera poder hacer lo mismo, volar por unos segundos sin preocuparme por aterrizar. Necesito caer.

Quiero concentrarme, desearía tomar un *Ritalin* para enfocar mi atención y evitar divagar de la manera en que lo hago.

24 de abril de 2014

Hoy me siento insegura, saturada, no sé que hacer. Sólo es mi primera semana en este trabajo y tengo la sensación de llevar años aquí, haciéndolo todo mal. Mi nuevo trabajo se encuentra a unos cuantos kilómetros de Champotón, un pueblo de pescadores, a una hora en auto de Campeche. Es un desarrollo turístico de primer nivel con hotel, playa y campo de golf.

Como es un tanto pesado y costoso ir y venir todos los días desde Campeche, opto por quedarme a dormir casi toda la semana en el apartamento que me han otorgado. Mi compañera, la arquitecta, y yo apenas y nos vemos. Las dos llegamos demasiado agotadas por las noches como para dirigirnos la palabra. Cada quien se encierra en su cuarto.

De nuevo estoy en mis días fértiles, no he dejado de pensar en sexo en todo el día. Fantaseo sentada frente a mi escritorio, con los calzones mojados: que Red me coja encima del lavabo, en el piso, que me de duro, que me haga llorar de placer. Quiero que me coja como Espartaco: que

me jale el pelo, me de nalgadas, que me chupe entera.

Me la paso soñando despierta. Me imagino la boda de Angelina, mi mejor amiga, se casa en menos de un mes. No me agrada la idea, no sé por qué, siento unos celos terribles de su prometido, odio que mi amiga se case con él. Siento un extraño deseo de competir, llevo días buscando en internet el vestido perfecto para ir. Tiene que ser negro, lo más sensual que encuentre, quiero que todos me miren y digan: "¡Guau! ¿ya viste a la chica de negro?" Me siento furiosa y estúpida al mismo tiempo.

Tres odia las bodas y hace más de un año que sé que no está dispuesto a acompañarme a ésta. Como tampoco lo hizo cuando otras de mis amigas se casaron. A esas bodas tuve que asistir sola o con Poncho: mi mejor amigo gay. Imagino que me topo a Red en la boda de Angelina, de camino al baño, vestido de traje. La música de Timbiriche que toca una banda en vivo, se transforma en una melodía de tonos sensuales. La perfecta música de fondo para mi sueño húmedo. Sus ojos profundos se clavan en mí mientras yo me acerco lentamente hacia él y lo tomo de la mano para llevarlo afuera, a un lugar apartado. En el recoveco de un pequeño jardín, Red y yo nos miramos de frente a los ojos, después a nuestras bocas que asoman lenguas mojadas. Nuestros rostros se acercan lentamente hasta que el espacio entre nuestros cuerpos desaparece y nuestros labios se unen. Nos devoramos: enredamos nuestras lenguas de manera obscena. La pasión de sus besos me provoca jalarle el cabello fuertemente, ponerlo de rodillas y meter su cabeza entre mis piernas, hundir su boca en mi centro, lo obligo a que me lama el clítoris hasta que me derrito, a que me coma toda. Estoy gritando de placer enfundada en un vestido negro mientras meto mis dedos entre su abundante cabello rojo. Me vengo en su boca... Fantasía todo el día.

...

Esta noche, en el restaurante del hotel, me he topado con el gringo que es gerente del campo de golf. Me ha invitado a sentarme a cenar con él. Desde que tomo asiento en la mesa puedo sentir la tensión sexual entre nosotros, el gringo me desea. Luce como cualquier gringo de mediana edad: ni delegado ni gordo, cabello rubio, ojos azules y frente roja quemada por el sol. Sólo que él es escocés. Viste una camisa tipo polo, pantalones color kaki y tenis deportivos. Tendrá poco menos de cincuenta años, dice que tiene una esposa y dos hijos pequeños a los que nunca ve.

Hoy estoy tan *jariosa* que si no significara un riesgo para mi trabajo, me hubiera cogido al gringo, así como así.

En la cena, mientras me contaba que practicaba el budismo desde hace no sé cuantos años, yo me imagina que él me rogaba de rodillas para comerme el chocho. El gringo es un señor y los señores son mañosos. Así que cuando por fin accedo a sus suplicas, me tira en la cama de mi

habitación de hotel, me sube la falda, aparta mis calzones y me come el coño con dedicación. Cuanto estoy súper mojada, a punto de venirme me la mete. En mi sueño el gringo tiene el pene enorme, anchísimo. Aunque en la vida real, seguramente es pequeño. Me la mete hasta el fondo haciéndome gritar. Mientras el gringo continua haciéndose al interesante hablando del budismo y el karma, yo me imagino que me coge sin vergüenza y sin quitarse nunca la ropa, que se aprovecha de mi juventud, de mi carne firme como la que hace mucho no siente, me mete los dedos por todos lados y se preocupa por sacar placer de mi cuerpo. El gringo ni siquiera me gusta, pero puedo sentir que me desea y eso me hace sentir poderosa, me provoca querer cogérmelo sólo para sentir que tengo algo sobre él.

La imagen del mesero asentando un plato de sopa de tomate caliente frente a mí, me saca del transe. De vuelta a la realidad puedo sentir mis calzones mojados, si el gringo metiera su mano por debajo del mantel para acariciarme la pierna hasta alcanzar mi vagina, si se abriera paso entre mis labios tibios, se toparía con una deliciosa boca suave y caliente que escurre miel. Mis pensamientos consiguen ponerme nerviosa y me apresuro a comer la sopa, prácticamente me la trago para enseguida pedir la cuenta y despedirme del gringo dejándolo desconcertado. No me interesa escuchar más historias de paz interior cuando estoy ardiendo por dentro.

Con mi nueva rutina, Tres y yo sólo nos vemos un par de días a la semana. Por la noche nuestras llamadas son cortas, no nos decimos mucho. Intercambiamos aspectos relevantes de nuestro día y nos deseamos las buenas noches. Él parece no estar interesado en sexo pero a mí me pica tanto que casi no consigo pensar equilibradamente. En las ultimas semanas me he inventado decenas de pervertidos escenarios sexuales con Red, que me arrullan para dormir: Le jalo el pelo, lo muerdo, lamo su sudor, le chupo la verga haciéndolo gemir, me siento encima de él, me la meto hasta fondo, le muerdo la oreja mientras no paro de brincar sobre él al ritmo que me place, lo abofeteo, le amarro un cinturón al cuello, me mira sorprendido pero excitado, lo acepta, le aprieto el cinturón, lo ahorco un poco, le da placer porque de pronto lo siento más grande dentro de mí. Me quita de encima me tira sobre la cama, me pone en cuatro patas, me jala el cabello, me amarra el cinturón al cuello. Me da bien duro, me escupe el culo y desliza un dedo dentro, me excita. Lo único que puedo sentir es placer: temblor, primero en el centro, luego en cada fragmento de mi cuerpo. Me estrello agitada contra mi almohada: sola. El sueño llega.

11 de mayo de 2014

Ayer por la tarde he regresado de Cancún después de haber pasado ahí una semana. He vuelto a Campeche manejando a casi ciento ochenta kilómetros por hora yo sola. Todo para llegar a tiempo a la comida del día

de las madres que organicé en el hotel antes de partir a la convención en Cancún. La comida ha sido un fracaso, el restaurante ha estado vacío. Estoy molesta por todo.

Al llegar sólo me he topado con las malas caras de los otros ejecutivos, juzgándome. Los odio, los odio a todos. Odio que mi jefe me haya hecho venir hoy domingo sólo para su tranquilidad, para asegurarse de que estaría aquí mañana temprano. Llegué directo de Cancún al Hotel para supervisar la comida del día de las madres, me reuní con él para contarle cómo me había ido en la convención turística. Me pidió que regresara hoy por la tarde porque quería hablar conmigo. Mañana lunes hay junta de consejo y vienen los dueños del hotel y, según él, quería platicarme cómo debería de estar todo. Mi llegada fue oportuna, cuando entré en el hotel lo encontré sentado en el lobby con su esposa y unos amigos. Después de invitarme a tomar café con ellos, ha dicho que me llamaría más tarde para hablar de trabajo. Son casi las once de la noche y aún no tengo noticias de la supuesta reunión con mi jefe, me ha hecho perder el tiempo, mi único día de descanso. Estoy agotada, harta.

Ayer que llegué a casa, estaba demasiado cansada como para compartir con Tres mi viaje de trabajo. Me encuentro abrumada e insegura. Puedo sentir las miradas de mis compañeros de trabajo, me odian como yo a ellos. Sé lo que piensan de mí, que soy una niña pendeja, que el jefe me ha contratado sólo por ser bonita.

Odio estar aquí, me quiero ir. No puedo detener este ataque de llanto. No consigo relajarme. Necesito volver a mi casa, a mis jugos, a cocinar, a hacer cosas estúpidas. No quiero nada de esto, me estoy alejando de lo que importa. Estoy fea, mi piel se siente diferente, está seca y sin vida. Llevo un mes comiendo la comida del hotel. No la soporto. Sólo ayer he podido dormir en mi cama, la extraño, quiero estar ahí con Tres ahora mismo.

En Cancún he asistido a la convención de Turismo más grande de México. He ido con la consultora de ventas del hotel, Magda. El jefe me ha encargado aprender de ella todo lo que pueda, yo jamás he trabajado en un hotel, así que esta semana ha sido como un curso intensivo. Magda me miró mal cuando estábamos montando el stand y me di cuenta de que no había empacado los folletos. Hoy se me antoja volar, caer. Tirarme de la ventana más alta con los ojos cerrados, volar y no saber más...

13 de mayo de 2014

El domingo por la noche soñé que visitaba a Red, me armaba de valor e iba a su casa. Al tocar la puerta, alguien más abría y me decía que Red no me podía recibir porque estaba muy concentrado en su proyecto de

música.

La noche de ayer, también lo soñé: mi mamá estaba ahí, molesta porque yo estaba con él. Yo le decía a mi madre que si no quería verme con él, que se fuera, pero no lo hacía, se quedaba ahí viéndome y juzgándome. Red y yo nos besábamos en el piso y nos acariciábamos, otro amigo de Red llegó con otra chica mucho menor que yo, como de la edad que yo tenía cuando Red y yo éramos novios, una adolescente. Red terminaba yéndose con ella, me decía que yo era una mentirosa y que eventualmente lo cambiaría por alguien más, así que él me cambiaba primero. Yo estallé en ira, perdí el control. Al día siguiente fui a tienda óptica, el lugar en el que todo esto había sucedido, y la encargada me insultaba y me sacaba a la calle.

Tengo problemas, Red siempre está presente en mis sueños desde que lo conozco, es como parte de mi subconsciente. Mi mente lo usa como una representación mental para decirme cosas. ¿Por qué se ha convertido en este personaje en mi cabeza? Necesito concentrarme, trabajo.

...

Día. Estoy en medio de la nada, cubierta de espesa pintura roja. No puedo ver, no me puedo concentrar, sólo puedo sentir rojo. Rojo, rojo, rojo. Rojo es todo lo que pienso hoy: su rojo cabello, mi sangre roja escurriendo por mis muñecas... ¿Por qué me esfuerzo? ¿Para qué trabajo? ¿Por qué me molesto? ¿Qué es lo que quiero?

Noche. A lo largo del día tengo altos y bajos, en la mañana me deprimó, luego más tarde me emociono. Soy voluble. Durante la noche me motivo y cuando amanece me deprimó de nuevo.

Éste sábado es la boda de Angelina. Me compré un vestido de última hora en mi viaje a Cancún, cuando me lo probé y vi mi culo en el espejo me dieron ganas de llorar, aquel culo espectacular que tantas miradas y comentarios atraía, ya no está, se fue. Ahora soy un pinche perro flaco sin culo, incluso estoy pensando en ponerme un calzón que me suba las nalgas, que depresión.

Me miro en el espejo y me siento mal, estoy tan flaca que parece que tengo anorexia, mi vestido tiene toda la espalda descubierta y puedo ver cada una de mis costillas.

18 de mayo de 2014

Estoy llegado a casa, es de día y apenas he regresado de la boda de Angelina. Esta es mi vida, mi casa, mi hombre. Los defenderé de quien

sea, incluso de mi misma.

19 de mayo de 2014

Estoy en la oficina y todo lo que hago es pensar en Red y en las consecuencias de mis acciones, ¿cuáles serán, quedarán impunes, merezco un castigo, dará un giro mi vida, no pasará nada? Creo que soy una mala persona. Lo único que quiero hacer es escribir sobre él. Voy al baño y lo recuerdo, un escalofrío me recorre desde el centro hasta la punta del cabello, lo siento, me excito por un momento.

Creo que al fin estoy preparada para escribir sobre lo que pasó en la boda de Angelina. Era sábado diecisiete de mayo. Terminé de trabajar a las doce del día.

Llegando a Campeche fui a que me hicieran las uñas, más tarde al salón para que me peinaran. Después de dos horas sentada, insulté a las chicas que me peinaron mal y salí histérica del lugar porque aún tenía que ir a comprar los zapatos que me pondría. Así que fui al centro comercial que está sobre el malecón. Vergonzosamente también necesitaba comprar un calzón que me apretara. Cuando me probé el vestido me di cuenta de que si bailaba, mis nalgas se moverían horriblemente denotando que hace más de una año no hago ejercicio. Así que compro uno de esos calzones-fajas que van desde la cintura hasta arriba de la rodilla. Después de recorrer tres zapaterías y no encontrar nada de mi gusto, me voy a casa furiosa.

Entro al departamento gritando lo estúpidas que son las chicas que me peinaron, el poco tiempo que me queda para arreglarme, hasta que Tres enciende un porro y me lo da. Me siento, me relajo y caigo en cuenta de que nada de eso importa, al final de cuentas tengo todo lo que necesito en casa para ir decente a la boda, además este día nos es mío, es de Angelina. Me deshago el peinado, enciendo la regadera, me baño y después me arreglo como puedo. Salgo del departamento con mi vestido rojo, chancletas en los pies y los tacones en la mano, corro hasta la catedral que está a dos cuadras de casa. Llego justo a tiempo para recibir a Angelina en la entrada. Mi amiga está divina y se ve feliz y hermosa en su enorme vestido blanco.

La fiesta transcurre tranquila, me sigo sintiendo rara así que me animo con whisky. He perdido la cuenta de mis tragos cuando de pronto veo a Red acompañado de su novia de veintiún años. Son más de las tres de la mañana. Le propino miradas intensas que él no responde, me canso de ser ignorada así que sigo bebiendo. Mi vergüenza desaparece y comienzo a coquetearle descaradamente en la pista de baile. Le pido un cigarro, dice que no fuma pero le pide uno a alguien más y me lo da. "*Voy a fumarlo afuera, deberías de venir*", le digo. Me siento en una banca y dos minutos más tarde ahí está él, sentado a mi lado. Nervioso. Le ha

inventado un truco a su novia para llevarla a su casa y ahora está solo.

- *Quería verte* - digo.

- *Ya lo sé, eres bastante obvia, ¿a qué hor*